

POR QUÉ Y POR QUIÉN FUE POSIBLE LEER LA POESÍA
DE ANTONIO MACHADO EN LA ESPAÑA DE LOS
PRIMEROS AÑOS DE LA POSGUERRA (LECCIÓN
PENSADA, ESPECIALMENTE, PARA EL PROFESORADO
JOVEN)

XESÚS ALONSO MONTERO

Catedrático Emérito de la USC

Presidente de la Real Academia Galega en el período 2013—2017

Title: Why and by whom was possible to read Antonio Machado's poetry in the early post-civil war years in Spain (Lesson especially dedicated for young teachers).

Abstract: The purpose of this paper is to analyze the edition of complete poems by Antonio Machado published in Spain in the first years of Franco's regime with a foreword by Dionisio Ridruejo (Madrid: Espasa-Calpe, 1941)

Key words: Antonio Machado. Poetry. Spain, 1940-1941. Dionisio Ridruejo. Literary Historiography.

Para

GONZALO ALLEGUE,

vello amigo e colega, polas súas bondades e atencións comigo e como
homenaxe ás súas páxinas literarias co desexo fervoroso de que as inéditas,
centradas no Portugal literario, deixen de selo canto antes.

Con gratitude, Xesús

NOTA ACLARATORIA

En este trabajo hablo, deliberadamente, del poeta Antonio Machado, no del escritor Antonio Machado; le substraigo, por tanto, su grandiosa obra en prosa, que empezaba a conocerse en julio de 1936 pues su magistral y original *Juan de Mairena* se había publicado hacía unos meses. En el verano del 36, para la inmensa mayoría de letraheridos hispanos, don Antonio era, casi exclusivamente, un poeta, el poeta cuyas *Poesías completas* ofrecía

Espasa-Calpe (Madrid) cada tres o cuatro años, prueba de su éxito: la segunda edición en 1928, la tercera en 1933 y la cuarta en 1936, días antes de la sublevación.

Finalizada la guerra (1 de abril de 1939), algunos editores y no pocos libreros sabían muy bien que don Antonio vendía, que uno de los poetas más leídos antes de la contienda bélica tendría lectores. Los más sagaces no ignoraban que buena parte del éxito de la poesía de don Antonio no solo estaba en su talante moral y en su actitud sentimental sino en sus recursos expresivos, asequibles, en mayor o menor medida, a lectores de poca formación literaria. Se imponía, pues, reeditar a don Antonio, al poeta, pues del prosista muy poco sabían los que algo sabían. A nadie, en España, se le ocurrió, en aquellos años de plomo, reeditar las prosas, muchas, escritas en el trienio bélico, ni tampoco buena parte de sus versos, de clara inspiración antifascista o republicana, como la mayoría de las páginas en prosa.

Así pues, el Antonio Machado que, desde 1940, se quiere ofrecer es el escritor anterior al 18 de julio de 1936, un Machado doblemente mutilado: sin su prosa y sin los versos del trienio bélico. Es decir, la reimpresión de las *Poesías completas* de 1936, volumen que recoge la producción poética anterior a la Guerra Civil. Adelanto que no fue empresa fácil, en aquella España, reeditar esos versos de Antonio Machado; imposible entonces pensar en otros: los publicados en las revistas de la “zona roja” durante la Guerra de los Tres Años.

En esas *Completas* anteriores a la Guerra predominaban los textos que el franquismo podía soportar, pero el problema no eran ciertos poemas, el problema esencial era el autor por el mero hecho de haber estado en la zona republicana, al parecer con ánimo militante. Ante este hecho, incontestable, en la España franquista, alrededor de 1940, había dos bandos: el de quienes no transigían ni con el nombre del escritor y el de quienes no querían renunciar a ese nombre y estaban comprometidos muy en serio

con *recuperarlo* para la España “verdadera” y que no fuera patrimonio solo de la España del exilio. Pertenecían al primer grupo algunos militares (con algún civil), y al segundo, unos cuantos escritores del sector más culto y más “liberal” de la Falange.

LA FIGURA CLAVE EN LA RECUPERACIÓN (¿O SOLO EN LA REEDICIÓN?) DE LA POESÍA MACHADIANA: DIONISIO RIDRUEJO (1912—1975)

Era falangista desde 1933, fue coautor del himno de la Falange (“Cara al sol”) y, desde muy joven, asombró por su oratoria en la que el fascismo hispano no sonaba retórico, sonaba auténtico. Fue más o menos auténtico siempre, aun en aquellos tiempos convulsos y cambiantes, tan auténtico que pronto, muy pronto, tuvo algún enfrentamiento con Franco, sobre todo a partir del 19 de abril de 1937, fecha del decreto por el que se fusionaban los falangistas con los requetés. Pero era un hombre con *auctoritas* no solo en la Falange más o menos ortodoxa sino en otros medios franquistas. Dicho en pocas palabras: Franco, sin dejar de marcarlo, tuvo que tolerarlo, tolerancia que tuvo un límite: en 1942 ya es confinado en Ronda y no tardaría en enfrentarse a distintas represalias, sin excluir las de encarcelamiento, incluso antes de fundar, en 1957, el Partido Social de Acción Democrática (ilegal, obviamente).

Que yo sepa, no hay nadie, en ninguna formación afecta al franquismo, que haya tenido una biografía de oposición al Régimen tan valiente, tan temeraria a veces. Es cierto que siempre jugó a su favor su fulgurante palabra y su acción, en los primeros años, en favor del Régimen. En la Falange, grandes amigos de él (Laín Entralgo, Antonio Tovar, Torrente Ballester...) también emitieron, algo o bastante después, algunos signos desfavorables al Régimen pero ni los más audaces entre éstos están a la altura, en la controversia y la disconformidad, de Dionisio Ridruejo, quien siempre contó, si no con el apoyo de este grupo, con su adhesión moral.

La obra escrita de Ridruejo en no pocos géneros (poesía, artículo, ensayo...), construida con un castellano que admiraría a don Antonio Machado, constituye un capítulo importante de las Letras castellanas del siglo XX. Su libro *Casi unas memorias* (1976) es un título esencial del memorialismo español.

Ahora bien, en los tres primeros años de la Posguerra, su voz era muy respetada por muchos, incluso cuando ya insinuaba gestos intelectuales que inquietaban no poco a los vencedores de la Guerra Civil cuyo afán esencial consistía en administrar la Victoria de forma intransigente.

Asomémonos ya a la biografía intelectual del Dionisio Ridruejo de los años 1940 y 1941, bienio en el que Antonio Machado está muy presente.

LAS MENCIONADAS “POESÍAS COMPLETAS”, DEL POETA REPUBLICANO, ¿NECESITABAN UN PRÓLOGO O UN AVALISTA?

En el año 1941, la editorial Espasa-Calpe, de Madrid, publica las *Poesías Completas* de Antonio Machado en cuya cubierta aparece, en letras grandes, el nombre del prologuista:

PRÓLOGO DE DIONISIO RIDRUEJO

Era imposible no reparar en el nombre, muy conocido en la época, del autor del prefacio, y era importante que así fuese para que los curiosos lectores de cubiertas de libros, delante de un escaparate de una librería, percibiesen que no se les ofrecía, solo, un volumen del problemático Antonio Machado, que se ofrecía la poesía de este escritor comentada y avalada por alguien que no era “dellos” (*ex illis est*), por alguien que lo hacía nuestro o lo acercaba a nosotros. Quien, hostil o no, solicitase hojear el libro, comprobaría muy pronto que en la portada figuraba, de nuevo, el nombre del prologuista cuyo texto mostraba —exhibía— un título muy elocuente para la ocasión: “El poeta rescatado”. Los lectores, pues, tenían la garantía, de

que las páginas que se les ofrecían eran de un escritor incontaminado o poco contaminado. El participio del título nos lo presentaba como rescatable, “rescatado” para Ridruejo.

El prólogo, que está fechado (octubre de 1940), se publicó, primero, en la revista *Escorial*, concretamente en el número 1, correspondiente a noviembre de 1940. Recién creada, era su director el propio Ridruejo, y subdirector, Pedro Laín Entralgo, su gran amigo y camarada. La revista, editada en Madrid, es uno de los frutos de Ridruejo en la época, relativamente breve, en que tuvo un poder omnímodo en actividades e iniciativas culturales. Bajo el amparo de un título muy de la retórica imperial, *Escorial*, la revista, desde su primer número, tiene, como una de sus tareas primordiales, *rescatar* nombres y temas ausentes en otras publicaciones periódicas del franquismo. En este primer número publica don Ramón Menéndez Pidal —le publican— el artículo “«¿Codicia insaciable?»” “«¿Ilustres hazañas?»”. Su autor, que acababa de regresar de su peculiar exilio, había sido despojado de la presidencia de la Real Academia Española, entre otras represalias.

El espíritu de la revista está bien definido en el extenso artículo editorial, sin duda de la pluma de Ridruejo, del que seleccionamos unos párrafos:

Nosotros, en cambio, convocamos aquí, bajo la norma segura y generosa de la nueva generación a todos los valores españoles que no hayan dimitido por entero de tal condición, hayan servido en este o en el otro grupo —no decimos, claro está, hayan servido o no de auxiliares del crimen— y tengan en este u otro residuo íntimo de intención. Los llamamos así a todos porque a la hora de restablecer una comunidad no nos parece posible que se restablezca con equívocos y despropósitos; y si nosotros queremos contribuir al restablecimiento de una comunidad intelectual, llamamos a todos los intelectuales y escritores en función de tales y para que ejerzan lo mejor que puedan su oficio, no para que tomen el mando del país ni tracen su camino en el orden de los sucesos diarios y de las empresas concretas.

En este sentido, ésta ESCORIAL no es una revista de propaganda, sino honrada y sinceramente una revista profesional de cultura y letras. No pensamos solicitar de nadie que venga a hacer aquí apologías líricas del régimen o justificaciones del mismo. El régimen bien justificado está por la sangre, y a las

gentes de pensamiento y letras lo que les pedimos es que vengan a llenarlo — es decir, a llenar la vida española— de su afán espiritual, de su trabajo y de su inteligencia. Claro es que no vamos a eludir —bien al contrario— los temas directamente políticos, porque ¿cómo van ellos a quedar fuera del ámbito de la cultura si fenómenos de la cultura son al fin y al cabo? (p. 9).

Está claro que Ridruejo es consciente de que hace una propuesta a los intelectuales que no caben en el estrecho corsé del Régimen y también está claro que Ridruejo no quiere inquietar (mucho) a los esencialistas del Régimen.

Es el editorial de un equilibrista, resuelto por quien posee dotes estilísticas poco comunes. En esa revista, de nombre *Escorial*, anticipa Ridruejo su prólogo, su “El poeta rescatado”, porque para rescatar valores españoles se había creado. Hay que suponer que este prólogo, publicado meses antes de la aparición del volumen, servía a Ridruejo y los suyos de sondeo ante ciertos sectores o individuos. Y así fue: el general Juan Vigón, ministro del Aire, “pidió y exigió formalmente en el Consejo de Ministros que se retirase la revista y se prohibiera el libro”. Así se expresa, en sus *Memorias*, Ramón Serrano Súñer, ministro de Gobernación, en 1940¹. Es de notable utilidad otra declaración de este libro memorialístico: Recordaré que un día, despachando conmigo, [Ridruejo] me dijo: — ¿No crees tú que es una crueldad la que se comete con la juventud ocultándole la obra del gran poeta Machado? Yo le di mi conformidad y mi autorización, y el libro —con un prólogo suyo— y con las consecuencias que refiero en otro lugar, fue publicado². No interesa menos esta declaración del propio Serrano Súñer:

Ya antes, la Dirección General de Propaganda —Ridruejo—, que dependía de mí, me había propuesto publicar de nuevo las poesías completas, o una antología, de Antonio Machado, y el mismo hermano del poeta, Manuel, y los asesores de Espasa-Calpe, consideraron conveniente que la edición llevara

¹*Entre el silencio y la propaganda, la Historia cómo fue. Memorias*, Barcelona: Planeta, 1977, p. 414.

²Op. cit., p. 421.

un prólogo que mitigara las reacciones previsibles de los enconados. Dionisio Ridruejo, quien, como digo, había sido Director General de Propaganda hasta unos días antes, y que, a la sazón, era Director de la revista *Escorial*, escribió el prólogo. Esta revista lo publicó anticipadamente, y el general don Juan Vigón, ministro del Aire, pidió y exigió [...] se retirase la revista y se prohibiera el libro. Yo, naturalmente, me opuse terminantemente y me negué en redondo, con todas las consecuencias, a que se tomaran determinaciones tan inconvenientes (según Ridruejo, y otros escritores me contaron, parece que el instigador de aquella desmesura había sido su hermano Jorge, artillero y escritor que ya había tenido algún altercado con Ernesto Giménez Caballero, y que, veinte años después, aún escribirá, en la revista *Ateneo*, contra el gran poeta Antonio Machado)³.

El propio Ridruejo, también en 1971, —¡año de revelaciones!— se refiere al affaire Vigón:

El antedicho “Manifiesto editorial⁴” y mi prólogo a las poesías de Antonio Machado —que fue de necesidad, ya que de otro modo no se hubiesen publicado— determinaron una propuesta del general Jorge [sic] Vigón en el Consejo de Ministros para que la revista se retirase y suspendiera, cosa que impidió Serrano Súñer. Sin duda, olía ya el tufillo liberal que Mainer⁵ rastrea y se consideraba intolerable sacar de su tumba, aún mal cerrada, a un maestro indiscutible pero combatiente en el bando contrario, aunque para hacerlo hubiera que escribir algunas cosas de las que no estoy orgulloso⁶.

Dionisio Ridruejo, con la ayuda del casi todopoderoso Serrano Súñer, logró publicar la quinta edición de las *Poesías completas* de Antonio Machado. Más que avalista, en el sentido técnico, fue un analista. Él puso su nombre, su prestigio y su no pequeña *auctoritas* al servicio de esta operación más política que bibliográfica. Ya editado el volumen, dimite de su cargo de máximo responsable de la Propaganda y se alista en la División Azul y lucha en la URSS durante un año (1941-1942). Al regreso, en una carta al Caudillo, renuncia a todos sus cargos, incluso a su afiliación a la Falange. La

³Op. Cit., p. 421.

⁴No tiene este título ni ningún otro, pero se refiere al texto editorial del nº 1 de *Escorial*. Anónimo, sabemos por el propio Ridruejo, que lo redactó él mismo.

⁵Sintetiza Ridruejo una opinión de José Carlos Mainer (*Falange y Literatura*, Barcelona, Labor, 1971)

⁶“Literatura falangista”, en *Sombras y bultos*, Barcelona: Destino, 1977, pp. 188—189.

carta, con severas críticas al Régimen, está en el origen de las adversidades y represalias políticas sufridas por Dionisio Ridruejo desde esa fecha. Sobre todo ell el propio Ridruejo hizo esta consideración en 1964 (aún en pleno franquismo):

Sería fraudulento y estúpido que omitiese este dato personal. Como todo el mundo sabe fui a Rusia, como soldado raso y efectivo de la llamada División Azul. No fui —hoy esto me sería demasiado fácilmente perdonado— por pura emoción anticomunista. Incluso puedo decir que me fastidiaba este subterfugio. En rigor fui a Rusia a intervenir en la guerra, porque creía en aquella “joven Europa” heroica y popular de que estaban llenas las imaginaciones de ciertos fascistas ingenuos. A mi regreso comenzaron las dudas contra las que luchó mi vanidad el tiempo que pudo. Más tarde el acopio de información veraz —solo asequible para mí, aunque no se crea, muy tardíamente— y la larga reflexión en el destierro de cinco años con que hube de pagar mi discrepancia explícita con el Régimen, me permitieron tener del fenómeno general de la empresa fascista una idea muy diversa y que en otro lugar ofreceré al lector. Si el aceptar las conclusiones de la propia razón y la elocuencia de los temas es voluntad, deberé acusarme de veleidoso⁷.

EL TEXTO DEL PRÓLOGO Y SEIS ESCOLIOS DE HOY

EL POETA RESCATADO

Por cuatro razones normales puede un escritor prologar un libro: primera, por interés o capricho de su autor; segunda, por competencia profesional, por su notoria cualidad de crítico o docto en la materia; tercera, por designio de protección, lo cual supone la superioridad consagrada de quien lo escribe y la necesitada humildad u oscuridad de quien lo utiliza; y, por último, por respeto, por ternura, por necesidad o deseo de elogio u homenaje, como del discípulo con el maestro. Desde mi posición literaria —que es la que se ejerce al escribir algo— es más que evidente que yo no tengo, no puedo tener para escribir este prólogo otro título que el último de los señalados y ciertamente no me faltan razones de amor, de ternura, de admiración ni de secuacidad para hacerlo.

De niño conocí a Antonio Machado. Tenía yo diez años y él era catedrático en el Instituto de Segovia, adonde yo acababa de llegar. De leer en sus versos el nombre de Soria —tierra de mi sangre— me había nacido una espontánea afición por él y un orgullo pueril como de parentesco. Asombraba risueñamente a los niños su aspecto distraído, desaliñado, torpón, casi sucio; su bondadoso mirar, sus grandes botas estrafalarias. A mí me producía

⁷“La situación ante la Guerra Mundial”, *Escrito en España*, Buenos Aires: Losada, 1964 (2^a ed.), p. 109.

una melancolía emocionada y una especie de ternísimo estupor. Me dio un Sobresaliente en Gramática, casi sin hacerme caso en el examen, y le tuve rencor un poco de tiempo. Luego —a mis quince años— comencé a gustar su poesía, y en un pequeño libro que publiqué a los veinte es patentísima su influencia. Ningún otro poeta contemporáneo ha entrado en mí más honda ni, por lo tanto, ha podido salir más patentemente en mí. Por otra parte, he creído, y creo, que de Rubén acá no hay poeta español que se aproxime a su perfección, a su autenticidad y a su hondura. Lo cual es casi como decir —con muy pocas reservas— que le creo el poeta más grande de España desde el vencimiento del siglo XVII hasta la fecha.

Pero aunque esta razón de mi ternura, de mi preferencia, de mi devoción debiera ser la que justificase este prólogo, me es forzoso declarar que no es ésta la razón por la que lo escribo. Probablemente no habría editor serio que la estimara suficiente. La razón por la cual yo escribo este prólogo no es una razón normal, no es una de las razones enumeradas; es otra más triste y que hemos de afrontar como se debe: cruda, sincera, directamente.

Yo no he escrito este prólogo como poeta joven para el libro de un maestro muy amado. Yo escribo este prólogo como escritor falangista con jerarquía de Gobierno para el libro de un poeta que sirvió frente a mí, en el campo contrario, y que tuvo la desdicha de morir sin poderlo escribir por sí mismo.

El 18 de julio España se vió partida, geográfica y políticamente, en dos mitades incommunicables y combatientes. Desde tiempo atrás, sobre el vago deseo de justicia, sobre la vaga y justa desazón reivindicadora de las masas pobres, se había instalado en la política y en el Poder una minoría rencorosa, abyecta, desarraigada, cuyo designio último puede explicarse por la patología o por el oro, pero cuya operación visible, inminente, era nada menos que el arrasamiento de toda vida espiritual, el descuartizamiento territorial y moral de España y la venta de sus residuos a la primera ambición cotizante. A punto de consumarse irreparablemente, para siglos, la traición, se alzó frente a ella una verdadera, recta y limpia violencia nacional respaldada, moral y políticamente, por quienes ya habían ofrecido a España la oportunidad, serenamente revolucionaria, de lograr la síntesis de sus aspiraciones discordes, juntando el interés del pueblo, el de los valores morales y el trascendente de la misma España. La resistencia terca, sostenida a golpe de crimen por los que gobernaban, hizo necesaria aquella división tremenda y asoladora. Las fuerzas netas de los que resistían no eran muchas en comparación con las que aportaban los atacantes, cuyo enraizamiento popular era patente y fue después probado por el triunfo. Hubo que allegar fuerzas por malas artes, y así se constituyó la gran población roja, la gran masa y aun algunas de las más delicadas minorías colaboradoras: por la coacción. Claro es que en esto de la coacción hubo dos formas y, por lo tanto, dos géneros de hombres: los sometidos por la fuerza bruta, por el miedo a represalias de todo orden, y los moralmente secuestrados por la hábil explotación de sus fibras más débiles. De aquí la apariencia polifacética de aquella política roja, tan pronto comunista por Rusia, como democrática en alquiler a las plutocracias de Europa y América, como católica frente a todos los bobos ojitiernos del globo. A

cada uno se le atrapaba a su modo, y si se contaba con la concurrencia de la senilidad, el hábito de la incomunicación y una cierta incapacidad para el entendimiento del mundo real, tanto más fácil era el negocio.

Don Antonio Machado, viejo, aunque fresco en sus facultades literarias, fue uno de estos secuestrados morales. Fue el propagandista “propagandea-do”. Su ingenuidad de viejo profesor desaliñado le hacía bueno para creer honradamente toda patraña, y, sin más datos ni averiguación de ellos, consideró a los de enfrente tal como los próximos a él se los presentaban y a ellos mismos tal como en el plácido aislamiento quisieron presentárselo.

Para todo se contó con la fidelidad del pobre don Antonio a sus antiguos y sencillos sentimientos políticos, y digo sentimientos y no ideas porque don Antonio ideas políticas no tenía, o las que tenía no tenían forma de tales, y siendo como era luminoso para tantas cosas, era para otras, para ésas y para lo sentencioso moral, por ejemplo —véase el “Mairena” o cualquier otra muestra—, un elegante y delicioso caos, un caos provinciano.

El poeta, a pesar de todo lo que se ha dicho, y no sin razón, de “adivino”, “anticipador”, “guía”, etc., canta generalmente el combate que tiene delante y se deja sugestionar y enamorar por la acción como nadie. Y la batalla del tiempo de don Antonio fue la de las libertades y el progreso, y libertario y progresista resultó él —sin meterse mucho a examen— ya para toda la vida. Claro es que sin rencor, sin obstinación, sin “meterse en política”, sin faltar por ello —¡Dios le librará!—, ni por un momento, a las condiciones de su nativa bondad.

Evidentemente, ser esto ante el problema ideológico planteado en el 18 de julio no era estar definido en ningún bando, porque era en esta cuestión ser un anacrónico superviviente de una cuestión pasada.

Nadie podría decir, por lo tanto, que don Antonio fuese rojo, al menos si empleamos esta palabra elástica con un mínimo rigor; de que no era comunista, por ejemplo, nos consta, como nos consta que no era “fascista”. En él había elementos por los que unos y otros podían tirar del hilo y, sacando el ovillo, llevárselo a su campo, y nada más. La fatalidad quiso que el hilo quedase geográficamente al alcance de la mano del enemigo y que el gran poeta pasase así a ser un elemento más de ataque, una pieza más de confusión.

Si todo esto no se probara por hechos, habría una prueba más fuerte aún: la prueba de su misma conciencia, definida poéticamente:

Hay en mis venas gotas de sangre jacobina,
pero la fuente⁸ brota de manantial sereno,
y más que un hombre al uso que sabe su doctrina,
soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.

Y así, en efecto, era: jacobino por “gotas de sangre”, por atavismo casi inconsciente, por el tiempo, por los amigos de la juventud, por los primeros maestros, por la desilusión del 98, por el asco a la España heredada y envilecida, por el decoro externo y la pedantería seductora de las instituciones

⁸Ridruejo (¿Escribe de memoria?) nos ofrece “la fuente” en vez de “mi verso”, que es el sintagma escrito por Machado.

izquierdistas. Por todo lo que puede arrebatar a un alma ingenua y en duda una vez y sujetarla para siempre con el lazo de su propio descuido.

De fuente serena, porque serena fue, en la amarga misantropía sin resentimiento, esta vida triste, cenicienta, con lágrimas y sequedades sobre la delicadeza del genio.

Ignorante de su doctrina, porque ¿cómo puede pensar en ella un abismado, un ausente, un desencantado, un errante, un solitario, un absorte, un alma de Dios?

Y bueno, bueno, bueno en el buen sentido y en todos los sentidos, y si algo malo hubo, absolvámoslo de todo corazón y echémoslo —como me contaba Cossío que decía Jarnés— sobre la conciencia “al pelmazo de Juan de Mairena” y no al bueno y entrañable y triste don Antonio.

En fin, no debió serlo, pero fue un enemigo. Esta confesión es preciso dejarla hecha con crudeza en este prólogo. En el reparto de las dos Españas, a él por A o por B, le tocó estar en frente, y en periódicos, revistas, folletos y conferencias sirvió las consignas de aquella torpe guerra.

No hemos querido mitigar este hecho, ni aun la existencia de las raíces que de él haya en toda su vida. Nos parecería una hipocresía estúpida, una puerilidad de avestruz. Ahí están los pocos versos, que pueden ser un antecedente, ¡tan inocentes, sin embargo! Pero no está de más señalar que esos versos son sus peores versos y que es legítimo pensar de un poeta que no debe ser definido por los peores versos, por los más ocasionales, extemporáneos y vanos. Ahí está la elegía a Giner con su bobada progresista “Yunque, sonad; enmudeced, campanas”, y aun el elogio a Ortega —incomprensible e inadecuado— en que se desea que Felipe II se levante “y bendiga la prole de Lutero”.

Ahora bien; basta hojear las páginas de este libro para asegurarse que, pese a todo —incluso a esos banales antecedentes—, nosotros no podemos resignarnos a tener a Machado en un concepto de poeta nefando, prohibido y enemigo. Por el contrario, queremos y debemos proclamarlo —cara a la eternidad de su obra y de la vida de España— como gran poeta de España como gran poeta “nuestro”.

Y esto no es ciertamente una decisión generosa —y menos egoísta— de las horas póstumas para él, serenas para nosotros. En la misma guerra, mientras él escribía sus artículos o sus versos contra nuestra Causa, nosotros, obstinadamente, le hemos querido, le hemos considerado —con la medida de lo eterno— nuestro y solo nuestro porque nuestra —de nuestra Causa— era España y solo de España podía ser el poeta que tan tiernamente descubrió —por primera vez en verso castellano— su geografía y su paisaje real y que cantó su angustia y su náusea, su alma elevada, trascendente, amorosa y desnudamente severa.

Cuando las revistas y los folletos llegaban a nuestras manos, allá, en Burgos, nos esforzábamos —y no pocas veces con harta razón— por encontrar nuestro y no rojo su mundo conceptual, los propios argumentos y tesis con que a los rojos creía servir. Recuerdo haber saltado de gozo una vez, con otros falangistas, al descubrir un artículo que era —hasta en el vocabulario y el estilo— del todo atribuible a nuestra fuente más pura.

“Hay que rescatarlo”, decíamos, y lo decíamos con emoción y dolor. Y así hubiera sido —y por entero— de vivir. Y ya que ha muerto, quédenos, al menos, el consuelo de rescatar lo que más enteramente —por lo menos temporal y tocado de circunstancias— era patrimonio de España: esta su obra poética que, con sus toques de error propios del tiempo —en lo conceptual y sentencioso—, es —incluso en lo más increpatorio y directo frente a España— tan nuestra, tan de nuestro gusto —y de otra parte, de la eternamente poética—, tan magistral, henchida y eterna.

Había que rescatarlo, y rescatada está su obra, porque —aun no siendo tales todas sus circunstancias— cumpliríamos con desearlo y hacerlo con un precepto de fidelidad a la propia Causa, que no por otra cosa hemos combatido que por conciliar en unidad toda la dispersión española y por poner todo lo español —éste, con todo su rigor, es el límite— al servicio de un solo destino universal, de una sola poesía y de una sola historia.

Murió don Antonio en tierra de Francia. Quienes tanto ruido y alharaca armaron en defensa de la “cultura occidental democrática” contra España, no supieron rodear la muerte de este hombre del consuelo y del honor que merecía. Murió allí ignorado, en soledad y desatendido —después de estar en un campo de concentración—, el único fragmento verdadero de “cultura universal” de que los enemigos habían dispuesto, el único que por los puertos pirenaicos recibió aquella Francia a quien Dios perdone, ya que los hombres le han dado su castigo.

“A bordo, ligero de equipaje, casi desnudo como los hijos del mar”, despojado de sus anécdotas, de sus circunstancias, ¿qué visiones poblaron el tránsito del hombre?

¿Qué infantiles Sevillas? ¿Qué Sorias traspasadas de espíritu, el corazón bajo la tierra? ¿Qué Moncayos, Urbiones, Aznaitines y Maginas gloriosamente coronados?

Con su muerte moría la melancolía de España. La melancolía que pudo llevar a España y lo llevó a él al error y a la muerte. Con su muerte, o con su vida, nacía la otra España clara, la que va a merecer el alma de su verso como la fortaleza merece la caricia. La España que él quizá vió y entendió en esa hora grave y ligera, espesa y luminosa, cuando él dormía el sueño no contado y Dios “estaba despierto”.

DIONISIO RIDRUEJO

Madrid, octubre 1940

Nota.— Las páginas que anteceden constituyen el prólogo a la próxima edición de la obra poética de Antonio Machado.

VINCULACIÓN LITERARIA DE DIONISIO RIDRUEJO A DON ANTONIO

Casi desde el comienzo del prólogo, Ridruejo reconoce, con gratitud, su deuda con don Antonio Machado, a quien conoció en el Instituto

de Segovia a los diez años, es decir, en 1922, pues aquel alumno tan aplicado (Sobresaliente en Gramática) había nacido, en Burgo de Osma (Soria), en 1912, el año de *Campos de Castilla*. Fue a los quince años cuando empezó “a gustar su poesía, y en un pequeño libro que publiqué a los veinte es patentísima su influencia”. Se refiere a *Plural*, de 1935, cuando, en realidad, cumplía los 23 años. De los ecos machadianos, en efecto, hablan todos los críticos.

¿POR QUÉ ESCRIBE “ESTE PRÓLOGO”?

Lo dice con claridad:

Yo no escribo este prólogo como poeta joven para el libro de un maestro muy amado. Yo escribo este prólogo como escritor falangista con jerarquía de Gobierno para un libro de un poeta que sirvió frente a mí, en el campo contrario...

Don Antonio escribió lo que escribió, en el otro bando (“frente a mí”), “por la coacción”, por pertenecer, en la “zona roja”, a “los moralmente secuestrados por la hábil explotación de sus fibras más débiles”, empresa no difícil “si se contaba con la concurrencia de la senilidad”. Por si fuese poco, Machado, en materia política, no era muy sólido, porque “don Antonio ideas políticas no tenía”, lo que tenía era “fidelidad a sus antiguos y sencillos sentimientos”. Un poeta de estas características era rescatable y a ello responde la edición para España, que Ridruejo prologa con un título muy atinado en aquella ocasión; “El poeta rescatado”. Se rescata a los secuestrados.

Aún así, en la España de los hermanos Vigón (y muchos otros), el rescatador no podía ser cualquiera, ni siquiera el hermano del poeta, don Manuel Machado (este sí, bastante blando en el clima de los sublevados). Tenía que ser un “escritor falangista con jerarquía de Gobierno”, y un escritor, añadido yo, con su prestigio y su *auctoritas*. En efecto, él puso su persona, de deslumbrante atractivo entonces al servicio de esa operación, y la puso convencido de que esa operación, en 1940, era una necesidad intelectual, para

él un deber insoslayable. ¿Habría alguien, incluso entre los más afines (Láin Entralgo, por ejemplo), capaz de desafiar a ciertos nombres y a ciertos estamentos, aun contando con el apoyo, más que tácito, de Ramón Serrano Súñer, falangista, ministro y cuñado de Franco (el “Cuñadísimo”)? Así, desde estas premisas, Ridruejo declara a Antonio Machado “como gran poeta de España, como gran poeta «nuestro»”.

LOS TEXTOS QUE RIDRUEJO REPRUEBA EXPLÍCITAMENTE

Hay versos, en la obra anterior a 1936 —señala el prologuista— que pueden ser “un antecedente” de ciertas páginas publicadas en el período bélico, “pero no está de más señalar que esos versos son sus peores versos y que es legítimo pensar de un poeta que no debe ser definido por los peores versos, por los más ocasionales, extemporáneos y vacuos. Ahí está la elegía a Giner con su bobada progresista “Yunques, sonad; enmudeced, campanas”... Es un verso, el 14, del poema “A don Francisco Giner de los Ríos”, en la serie “Elogios”, verso que, leído en un poema para evocar la figura del creador de la Institución Libre de Enseñanza —que había sido su profesor—, no contiene elementos que comprometan literariamente el texto. El verso denostado por Ridruejo, leído en ese poema, carece de la “bobada” que el endecasílabo, aislado, pudiera mostrar. Lo que creo que hay, en la descalificación de Ridruejo, es la vieja animadversión a la Institución Libre de Enseñanza de los ardientes defensores del catolicismo hispano, y la Falange, también en esto, carecía de la pureza del fascismo nazi, ajeno totalmente, en su política, a cualquier credo religioso.

No solo reprueba Ridruejo el verso 14 del poema a don Francisco Giner, que acababa de fallecer (1915), sino “el elogio a Ortega —«incomprensible e inadecuado»— en que desea que Felipe II se levante «y bendiga la prole de Lutero»”. Por ser un poema breve y menos conocido, lo reproducimos completo para entender al propio Ridruejo:

(Al joven meditador José Ortega y Gasset)

A ti laurel y yedra
 corónente, dilecto
 de Sofía, arquitecto.
 Cíncel, martillo y piedra
 masones te sirvan; las montañas
 de Guadarrama frío
 te brinden el azul de sus entrañas,
 meditador de otro Escorial sombrío.
 Y que Felipe austero,
 al borde de su regia sepultura,
 asome a ver la nueva arquitectura,
 y bendiga la prole de Lutero.

Don Antonio, al saludar al “joven meditador” —que acababa de publicar un hermoso ensayo titulado “Meditación del Escorial”— desea que Felipe II, “constructor” del viejo Escorial, emita un gesto no tradicional y reconozca que los no católicos son parte de la patria y, ante “la nueva arquitectura”, “bendiga la prole de Lutero”. Una vez más, incluso los falangistas más sagaces —no digamos los franquistas más beocios— parecen alérgicos, como el peor Menéndez Pelayo, a la España religiosa no católica.

VERSOS QUE, SIN CITARLOS, SE ELOGIAN

Reparemos en estas breves líneas del prólogo:

Y ya que ha muerto, quédenos, al menos, el consuelo de rescatar lo que más enteramente —por menos temporal y tocado de circunstancias— era patrimonio de España: esta su obra poética que, con sus toques de error propios del tiempo —en lo conceptual y sentencioso— es —incluso en lo más inceptorio y directo frente a España— tan nuestra, tan de nuestro gusto...

Desde 1912 hay en Antonio Machado una contundente musa increpatoria (me acojo al adjetivo de Ridruejo): es la musa que increpa “La España de charanga y pandereta, / cerrado y sacristía, / devota de Frascuelo y de María”; también es la musa que se rebela “entre una España que muere /

y otra España que bosteza”, del famoso poema de ocho versos que finaliza con estos cuatro:

Españolito que vienes
al mundo, te guarde Dios.
Una de las dos Españas,
ha de helarte el corazón.

Ridruejo da a entender, en otro párrafo de su prólogo, que contra esta España, tan magistralmente denostada en los versos —y en la prosa— de Machado, se alzó la Falange, pero se olvida de aclarar que lo hizo al lado de muchas fuerzas de derechas cuya bandera era el tradicional catolicismo patrio, es decir, la Iglesia española del 36, patente de corso para, en nombre de ella, oponerse al pluralismo ideológico y a los avances sociales propuestos por las distintas izquierdas. Diga lo que diga el autor de este prólogo, los sublevados del 36 y los que administraron la Victoria durante cuarenta años, sus camaradas falangistas —tan del catolicismo oficial— no podían subscribir el final de “El mañana efímero”, otro poema increpatorio:

Mas otra España nace,
la España del cincel y de la maza,
con esa eterna juventud que se hace
del pasado macizo de la raza.
Una España implacable y redentora,
España que alborea
con un hacha en la mano vengadora,
España de la rabia y de la idea

Hoy sabemos que, dos años después, Dionisio Ridruejo empezó a darse cuenta de que ellos, los falangistas, no eran la revolución y menos aún el conglomerado de compañeros de viaje del franquismo (militares africanistas, ricos ultraderechistas, etc.).

EN EL PRÓLOGO SE INFRIVALORA NOTABLEMENTE EL GRAN LIBRO EN PROSA DE MACHADO: “JUAN DE MAIRENA. SENTENCIAS, DONAIRES, APUNTES Y RECUERDOS DE UN PROFESOR APÓCRIFO”

Repárese en estas desafortunadas líneas:

... porque don Antonio ideas políticas no tenía, o las que tenía no tenían forma de tales, y siendo como era luminoso para tantas cosas, era para otras, para ésas y para lo sentencioso moral, por ejemplo —véase el “Mairena” o cualquier otra muestra—, un elegante y delicioso caos, un caos provinciano

Es cierto que este libro, tan magistral como original, publicado meses antes de la Guerra empezó a valorarse algunos años después. Ridruejo, que era un espíritu sagaz, se dejó llevar por los prejuicios y ni siquiera sospechó que estaba ante uno de los grandes libros de la prosa española del siglo XX. No es la única referencia al único libro en prosa de don Antonio. Más adelante, acogiéndose a una cita de una cita, habla del “pelmazo de Juan de Mairena”.

AUN ASÍ, “EL POETA MÁS GRANDE DE ESPAÑA...”

Reproduzcamos unas líneas del comienzo del prólogo:

Ningún otro poeta contemporáneo ha entrado en mí más honda ni, por lo tanto, ha podido salir más patentemente en mí [...] Lo cual es casi como decir —con muy pocas reservas— que le creo el poeta más grande de España desde el vencimiento del siglo XVII hasta la fecha.

Por consiguiente, a un poeta de esa grandeza —el más importante en España durante tres siglos— “nosotros no podemos resignarnos a tener a Machado en un concepto de poeta nefando, prohibido y enemigo. Por el contrario, queremos y debemos proclamarlo... como gran poeta de España, como gran poeta «nuestro»”.

EL VOLUMEN “RESCATADO” POR RIDRUEJO ¿ES TAMBIÉN RESPUESTA A UNA EDICIÓN —DE LAS OBRAS COMPLETAS— APARECIDA, EN LAS MISMAS FECHAS, EN EL EXILIO?

¿Sabían los falangistas escurialenses, en 1940, que, en México, personalidades importantes del exilio preparaban la edición de la Obra completa? La intelectualidad española exiliada en México tuvo muy claro, desde el principio, que a don Antonio Machado, emblema de la causa republicana, habría que editarlo en su totalidad. No ignoraban que en la España de Franco era imposible —e impensable— editar una buena parte de los textos, en verso y en prosa, del período bélico. Era, pues, una empresa patriótica, una alta empresa ofrecer la *Opera omnia* de aquel noble y comprometido escritor a los españoles de todo el mundo.

La editorial Séneca fue creada en México por el escritor José Bergamín a finales de noviembre de 1939 y en ella, en la colección Laberinto, aparece, el 16 de octubre de 1940, el primer volumen de esa colección, *Obras*, de Antonio Machado (Este es el título exterior del volumen, más científico, pero en página interior figura uno más publicitario, *Obras completas*). Así pues, la edición mexicana aparece en los mismos días en que Ridruejo publica, en *Escorial*, su adelantado prólogo, circunstancia que nos sugiere una duda: ¿la “intelligentzia” falangista escurialense tenía noticia de la edición mexicana? Más aun: ¿meses antes, Ridruejo y los suyos sabían que los “rojos” españoles preparaban una magna edición de la obra machadiana? Cuando Espasa-Calpe publica, en 1941, su edición, Séneca ya ha vendido, pese al precio, mil ejemplares. ¿Tenían noticia los intelectuales escurialenses de esta edición y de su no pequeño éxito comercial, que consolidaba a don Antonio Machado como símbolo de la cultura y de la dignidad de España?

Está por estudiar la relación de los cuatro hermanos de Antonio: Manuel y Francisco, residentes en la España de Franco, y José y Joaquín, exiliados en Chile. Los dos primeros son los que, instituyéndose en herederos de

los derechos de autor del gran escritor, firman el contrato con Espasa-Calpe por el que perciben una módica cantidad, y los dos segundos, arrogándose las mismas atribuciones, firman el contrato con Séneca, con una retribución bastante razonable. Ello originó, muy pronto, un litigio entre los hermanos de Chile y la editorial, y no sabemos si Espasa-Calpe tuvo problemas con Francisco y Manuel⁹. Que yo sepa, la cuestión nunca aparece en la obra articulística de Ridruejo ni en el epistolario que conozco. Ahora bien, que en España y en México algo importante se estaba haciendo para difundir el nombre literario de Antonio Machado, en 1940 y 1941, es algo que unos y otros tenían que conocer en alguna medida. En cualquier caso, Ridruejo, cuando escribe su prólogo, por más que piense en los republicanos, solo tiene en cuenta a los “duros” del Régimen, a los más intolerantes, a aquellos que, en el fondo, no quieren que Machado sea de ellos, de los vencedores. Está por ver, repito, si Ridruejo tenía alguna noticia de la operación mexicana.

EL PROLOGUISTA, AÑOS DESPUÉS, HACE AUTOCRÍTICA

De uno de sus últimos artículos son estas palabras de Ridruejo¹⁰:

Cuando yo escribí el prólogo para las poesías de Antonio —con lo que evitaba su ocultamiento para Dios sabe cuántos años— puse en él más de una tontería: visiones maniqueas del enemigo, subestimaciones frívolas del Machado pensador y crítico, deformaciones de la impulsión causal que lo puso donde había estado. En estas últimas ¿pesó la influencia de Manuel y de algunos amigos del poeta perdido? Imagino que sí.

⁹Sobre esta cuestión v. el artículo de Nigel Dennis “Cultura y exilio: Bergamín y la primera edición de las *Obras completas* de Antonio Machado (México, 1940)”, *Revista de Occidente*, Madrid, 166, 1995, pp. 100-112. Complementa algún aspecto el artículo de M^a Lourdes Pastor Pérez “La edición de la obra de Antonio Machado en editorial Séneca (México, 1940)”, en *Escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939* (ed. de Manuel Aznar Soler), Sevilla: Renacimiento, 2006, pp. 565-572

¹⁰“A Francisco Umbral, en discusión amistosa y complementaria”, en *Sombras y bultos*, Barcelona: Destino, 1977, p. 35.

Recuérdese que Manuel Machado, el “franquista”, estuvo muy al lado de Ridruejo cuando este escribió el prólogo¹¹. En el presente artículo el propio Ridruejo nos hace esta revelación: “¿Creía de verdad Manuel que Antonio era “«prisionero de guerra»? No me parece probable pues resultaba claro que estaba donde estaba por libre decisión”¹². Es el mismo Ridruejo, pues, quien impugna lo esencial de la argumentación de su prólogo: que don Antonio fue “un secuestrado moral”. El prólogo, por cierto, ha suscitado críticas adversas, algunas muy adversas. Exhumo una, inédita, de José Ángel Valente, que figura en su ejemplar:

El que sienta alguna estima por el autor (¿rescatado?) de este prólogo que no lo lea nunca.

Sí, este prólogo hay que leerlo con piedad, con melancolía¹³.

Que se sepa, Dionisio Ridruejo, *motu proprio*, nunca reeditó el controvertido prólogo. Debemos aclarar que fue reproducido, en 1964, con el título, inadecuado, “Las cuatro razones del poeta rescatado”, en *La Estafeta Literaria* (Madrid), revista oficial del decrépito falangismo de entonces. Era el XXV aniversario del fallecimiento de don Antonio y alguien, en la redacción de la revista, desenterró ese texto para molestar al autor. Pero sabemos más; sabemos que Ridruejo prohibió a Espasa-Calpe que publicase su prólogo en la edición de las *Poesías completas* de 1946, la sexta.

DETRACTORES E INQUISIDORES DE ANTONIO MACHADO AÚN EN LOS AÑOS CINCUENTA

Hay uno de especial relevancia: Florentino Pérez Embid (1918-1974), hombre muy identificado con la substancia y la misión católicas del Régi-

¹¹En *Escrito en España*, de 1964, refiere que el prólogo fue “escrito bajo la vigilancia del propio hermano del poeta”.

¹²Op. Cit. en n. 9.

¹³El ejemplar obra en la Biblioteca José Ángel Valente (Facultad de Filología, Santiago de Compostela). La reflexión, manuscrita, consta, al final del prólogo, en la página XV.

men. Era Director General de Información en el verano de 1952 cuando escribió en la revista *Ateneo* estas palabras en su artículo “Mi 18 de julio”:

La España de Negrín y de Lister —aquel a cuya fiera fama había rendido su verso Antonio Machado—, y sus antecedentes, la España descristianizada de Giner de los Ríos, la España a medias tintas de la Restauración liberal, la del catolicismo pastelero y la republicana del Frente Popular, estaban definitivamente fuera de combate¹⁴.

Miembro del *Opus Dei*, militaba en esa corriente de pensamiento que detestaba el nombre de Giner de los Ríos y el de la Institución Libre de Enseñanza, responsables, según él, de “la España descristianizada”. Detestaba también, con la España del socialista Juan Negrín (1892—1956), la del comunista Enrique Lister (1907—1994), aquel cantero gallego que en la Guerra de España suscitó grandes admiraciones como dirigente de las milicias populares. La derecha vio en él al combatiente poco humano como si las guerras fuesen un ejercicio en las que los contendientes disparasen sonetos. Díganlo tres generales, más que fieros, llamados Francisco Franco, Emilio Mola y Juan Yagüe.

En el texto, Pérez Embid aprovecha la referencia a Lister para, de paso, descalificar a Antonio Machado que cometió la inmoralidad de “haberse rendido” en “su verso” a su “fiera fama”. ¿A qué poema de don Antonio apunta el muy pensado inciso de Pérez Embid? Al soneto “A Lister, Jefe de los ejércitos del Ebro”, soneto cuyo final la derecha viene execrando desde siempre:

Si mi pluma valiera tu pistola
de capitán, contento moriría

El soneto, publicado en la revista *Hora de España* (XVIII, junio, 1938), ha sido reproducido muchas veces, con frecuencia para descalificar a

¹⁴*Ateneo*, Madrid, 13, 1952, 19-7-1952. p. 3.

su autor, sobre todo por los dos versos finales, que, de hecho, son la secuencia de un *topos* literario con cultivadores tan ilustres como Baltasar Gracián, quien en la primera parte de *El Criticón* (1651), formula su dedicatoria en estos términos:

A don Pablo de Parada
Caballero de Christo, General de Artillería y Gobernador de Tortosa.
Si mi pluma fuera tan bien cortada como la espada de V.S. es cortadora. . .

Cuatro años después, en 1956, el mismo Pérez Embid era capaz de pontificar sobre las dos Españas con estas palabras:

Combinar, en plano de paridad, mezclándolos sin advertencia, enseñándolos sin jerarquía, el pensamiento de Santo Tomás de Aquino y el de Ortega, la teología de P. Arintero y la poesía de Antonio Machado, San Agustín y Unamuno, Menéndez Pelayo y Cajal, no sería en modo alguno construir una España ideal, sino amontonar una España ininteligible¹⁵.

Aún era Director General de Información Pérez Embid cuando descalificó a la España de Giner de los Ríos, de Ortega y Gasset, de Antonio Machado, de Unamuno y de Santiago Ramón y Cajal, nombre, este, que nunca he leído en ninguna lista de la España disolvente. También me sorprende la pareja de Antonio Machado y el dominico Juan González Arintero (1860-1928), fraile de no pocos saberes (desde la Geología a la Mística), alguna vez tildado de “modernista” por las autoridades eclesíásticas españolas, no por el Vaticano. En cualquier caso, esta era la España oficial en 1956, año en que aún ejercía de Director General de Información Florentino Pérez Embid, y lo ejercía en un Ministerio, el de Información y Turismo, del que era titular el supercatólico Alfredo Sánchez Bella.

Quien estudie hoy la presencia de Antonio Machado en el primer franquismo, una de sus grandes sorpresas será la actitud de José María Valverde (1926—1996), quien, en un artículo de 1947 (con 21 años), escribe, después de elogiar el famoso prólogo de Ridruejo:

¹⁵“La España tolerante y los hombre puente”, *En la brecha*, Madrid: Rialp, 1956, pp. 69-70.

... es evidente para cualquiera que hubo en Machado un despiste informativo sobre nuestra guerra, nada extraño en persona de su edad y distracción¹⁶.

Parecen argumentos tomados del prólogo por él elogiado. Por si fuese poco, le reprocha estos versos:

Alguien vendió la piedra de los lares
al pesado teutón, al hambre mora,
y al ítalo las puertas de los mares¹⁷.

Es el primer terceto de uno de los sonetos que publicó, en 1938, en *Hora de España*.

No constituye “despiste informativo” subrayar el apoyo a Franco de los nazis, los moros de Marruecos y los fascistas italianos. Fue un apoyo decisivo aunque el poeta Antonio Machado, en ese soneto, utilice denominaciones menos impactantes (“pesado teutón”, “ítalo”...).

Quien conozca la trayectoria posterior de José María Valverde sabe muy bien que, católico sincero, siempre, estaba más próximo a la Teología de la liberación y al marxismo que al ideario que parece manifestar el artículo de 1947. Fue, como es sabido, un gran machadólogo (responsable de una edición del *Juan de Mairena*) y ya en 1965 fue el único catedrático de la Universidad española que dimitió en solidaridad con los profesores de la Central represaliados, entre ellos, José Luis López Aranguren, catedrático de Ética en Madrid, quien conocedor del gesto valiente de Valverde, catedrático de Estética en la Universidad de Barcelona, le envió este aforismo de su invención: “No hay Estética sin Ética”.

Verdaderamente, asombra que José María Valverde iniciase su carrera intelectual con esa visión de Antonio Machado. Para entenderlo, más que

¹⁶“Cuestiones de poesía y política”, *Revista de Estudios Políticos*, 35—36, set.—octubre, 1937, p. 156.

¹⁷Op. cit., p. 157.

a sus años, 21, hay que tratar de percibir la miseria y la atonía de aquel tiempo, el año 1947, atonía y miseria debidas, en no pequeña parte, al miedo tan presente en la vida intelectual española. Porque, ¿cómo circulaba la poesía de Machado y cómo circulaban otros libros, todos, como las *Poesías completas* de don Antonio, anteriores a la Guerra? Interesa tener en cuenta el testimonio de Manuel Alvar, alumno del Instituto de Zaragoza en 1941 y eminente filólogo no muchos años después:

A Zaragoza llegó... José Manuel Blecua y nos daba a escondidas algún libro (Me regalo un *Romancero gitano* envuelto en unas hojas del *Heraldo de Aragón*: que no lo vea nadie, y me prestaba a Unamuno) [...] A Zaragoza llegó... Francisco Yndurain: traía un aire nuevo y limpio para los mozos aquellos: un día me habló de Unamuno (¡dichoso Unamuno!) y me prestó las poesías de Antonio Machado.

[...]

Era la víspera de 1941. El padre... se llevó al hijo mayor, era entrada la noche y había que rebañar unas monedas para comprar algo a los hermanos pequeños. ¿Y tú? ¿Podemos las *Poesías* de Machado? Han pasado muchísimos años, casi cincuenta. Y escribo antes de romper el día, dura entre mis manos aquel libro que tenía un prólogo de Dionisio Ridruejo...¹⁸.

El alumno Manuel Alvar llega a ciertos libros gracias al espíritu propagandístico, ejercido con mucha cautela, de determinados profesores. Poseer en 1941 —Alvar tiene 18 años— un ejemplar de las *Poesías* (no completas) de don Antonio era, para un lector aplicado, un verdadero —y extraño— tesoro. En cualquier caso, Manuel Alvar se beneficia, como joven intelectual en pleno franquismo de la “operación Dionisio Ridruejo”.

Yo, aun siendo más joven que Manuel Alvar, no tuve profesores que me prestasen, aconsejasen o ensalzasen las *Poesías* de Machado.

¹⁸No es relevante, para nuestro propósito, polemizar con el artículo de Manuel Alvar, escrito casi medio siglo después de la adquisición del volumen machadiano. Es cuestionable el dato cronológico: el 5 de enero de 1941 aún no se había publicado el volumen prologado por Ridruejo.

Llegué a ellas en sexto curso de bachillerato (1946-1947) de un modo normal: la sexta edición de 1946 (de Espasa-Calpe en la Colección Austral), figuraba sin problemas en los escaparates de la librería “Cervantes” de Vigo.

Yo, ya devoto de la poesía de don Antonio, me estaba beneficiando, sin saberlo, de la “operación Dionisio Ridruejo” ¿Qué sabía entonces un muchacho de 17 o 18 años, ya al final del bachillerato, en un tiempo donde los silencios, la falta de información, era peor que la manipulación o tergiversación de los hechos?

EL ÚLTIMO DIONISIO RIDRUEJO TERMINA GLORIFICANDO, SIN RESERVAS A MACHADO: AL POETA Y AL PROSISTA

Son bastantes las páginas que Ridruejo dedicó a Antonio Machado desde 1940, especialmente en sus últimos años. Son páginas muy distintas a las del famoso prólogo, que, de un modo u otro, lo “persiguió” toda su vida. De los dos textos que selecciono en este apartado, uno hace referencia, una vez más, a aquel “aval”.

El 10 de julio de 1971, Ridruejo fue entrevistado por la revista *Actualidad económica* (Madrid), entrevista publicada con el título “Vida política” y recogida, dos años después en un volumen con un título afín, *Entre Literatura y Política*¹⁹. Transcribamos la pregunta y la respuesta que a este estudio conciernen:

— ¿Cuál es su poeta? ¿Quién es ese gran hombre que usted admira más?

— Bueno, eso tiene una respuesta difícil. Nunca hay un solo poeta al que se admira más. Y, generalmente, los varios poetas a los que más se admira no son semejantes entre sí. En fin, si tengo que elegir alguno, el poeta con el que me siento más identificado o que ha ejercido en mí una influencia espiritual más profunda es Antonio Machado. Es difícil que un poeta de otra lengua ejerza en nosotros una influencia tan decisiva como un poeta de nuestra propia lengua. Con esto no quiero decir que Antonio Machado sea el mayor poeta de nuestra lengua. Digo, simplemente, que siendo uno de los mayores poetas españoles de cualquier tiempo, es el que más ha ayudado a mi sensibilidad.

¹⁹Madrid: Seminario y Ediciones, 1973, pp. 198-199

Estamos lejos del texto de 1940 y lo mismo acontece con un artículo de 1959, de título concorde con la fecha, “Antonio Machado (Veinte años después de su muerte)”. A él pertenecen estas palabras:

Machado no hubiera sido un poeta grande —el mayor, a nuestro juicio, de los próximos— si no hubiera sido también un pensador²⁰.

Ya aquí, Ridruejo recuerda lo dicho por él sobre las ideas del escritor y no nos escamotea esta nota a pie de página:

Quizá alguien considere el párrafo que sigue una rectificación o reparación a unas injustas apreciaciones “de urgencia” redactadas por mi en 1940. Acepto la interpretación e incluso la propongo.

Veamos, además, “el párrafo que sigue”:

“Todo poeta —dice Mairena— supone una metafísica; acaso todo poeta debiera tener la suya —implícita, claro está—, nunca explícita, y el poeta tiene el deber de exponerla por separado y en conceptos claros. La posibilidad de hacerlo distingue al verdadero poeta del mero señorito que compone versos”. La metafísica, puesta por separado y en conceptos claros, exige del poeta Antonio Machado la invención de un personaje: Juan de Mairena, e incluso un segundo personaje: Abel Martín, el maestro de Juan de Mairena, y aun otro tercero, que les sirve, momentáneamente, como complementario: Jorge Meneses. Gracias a este recurso, la metafísica de Machado, que quiere ser una “metafísica de poeta”, puede no solo adoptar las formas paradójicas, irónicas y distanciadas que los escritos de Platón pudieron dar a las conversaciones de Sócrates con sus amigos, sino, como en este mismo caso, conferirle el carácter de diálogo. Para crear una metafísica de las contradicciones y armonías, que es lo que intenta Machado —cuya formación postkantiana idealista y más o menos krausista no le impide intuir el existencialismo moderno—, el despliegue de su personalidad en varios modos y tiempos, representados por todos estos autores postórficos, era indispensable.

[...] Como pensador y como poeta, o como poeta-pensador, Machado ha sido uno de esos grandes escritores que quedan para más tarde. Desde el principio se reconoció su talento, pero su influencia solo debía imponerse de modo avasallador hacia los años próximos a su muerte y después de ella²¹.

²⁰Op. Cit., 1973, p. 83. Leemos en la p. 81 de este volumen: “Este y otros escritos del libro vieron su primera luz, firmados con el seudónimo Juan Salduero, en la revista *Sábado Gráfico*”. Acudía al seudónimo, como en otras ocasiones, para que su nombre no irritara a los censores y a ciertos lectores.

²¹Op. cit., pp. 83-84.

Lo repito: en este artículo de 1959, Ridruejo está muy lejos del autor de “El poeta rescatado”, texto en el que se le negaba el pan y la sal al pensador y en el que figuran dos observaciones muy desafortunadas sobre el libro *Juan de Mairena*.

En esa altura, el año 1959, Dionisio Ridruejo ya había protagonizado, como político y como intelectual, muy importantes rectificaciones.

Recibido: septiembre de 2020

Aceptado: octubre de 2020